

A portrait of Lou Reed, a man with dark, curly hair, wearing a black leather motorcycle jacket. He is looking directly at the camera with a neutral expression. His hands are clasped in front of him. The background is a plain, light-colored wall.

LOU  
REED

UNA VIDA  
Anthony DeCurtis

LIBROS CÚPULA

## Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Prólogo. El alma del cantante
- Introducción. Cualquier cosa por ti
- 1. De Brooklyn a la entrepiera de Long Island
- 2. Mesa apartada en el Orange
- 3. Fellini a cuadros
- 4. El elemento destructivo
- 5. Divina agresión
- 6. Todas las cosas que no están presentes
- 7. Transformer
- 8. El alma de una ciudad dividida
- 9. Rock n Roll Animal
- 10. Una máquina hablando con otra
- 11. Un Virgilio de las pastillas y el cuero
- 12. Este asunto del género
- 13. Maldito marica adicto
- 14. Crecer en público
- 15. Una persona común y corriente
- 16. New Sensations
- 17. New York
- 18. Odio a Lou Reed
- 19. Magic and Loss
- 20. Between Thought and Expression
- 21. Hamburguesa de yo con salsa de mí
- 22. Decimocuarta oportunidad
- 23. Escuchar tristemente
- 24. Este es nuestro hoy
- 25. Metallica
- 26. La templanza de un hombre
- 27. La otra vida

Agradecimientos

Referencias

Láminas

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-  
clusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

El escritor y periodista de Rolling Stone, Anthony DeCurtis, que mantuvo una larga relación personal con Reed y lo entrevistó extensamente, cuenta la provocativa historia de una vida compleja y camaleónica. Con entrevistas a decenas de amigos, familiares y colaboradores, entre los que destacan testimonios de Andy Warhol, John Cale, David Bowie y Laurie Anderson, DeCurtis rastrea de manera brillantísima la carrera de cinco décadas del artista a través de su trepidante vida y de su extraordinaria obra.

# LOU REED

## UNA VIDA

Anthony DeCurtis

Traducción: Luis Chitarroni  
Prólogo de Rafael Cervera



*Para Francesca, mi cima, mi cumbre:  
esto y todo lo demás*

## PRÓLOGO.

### EL ALMA DEL CANTANTE

Cuando aún estaba en Velvet Underground, Lou Reed escribió una canción titulada «That's the Story of My Life», «Esa es la historia de mi vida». En la letra, breve y concisa, Reed, con su habitual precisión poética, atrapaba con solo unas palabras ese significado que tan complicado resulta descifrar. «Esa es la historia de mi vida / esa es la diferencia entre lo que está mal y lo que está bien.» Lou Reed fue un artista prodigioso, y como es sabido, bajo cada artista prodigioso se encuentra un ser humano. O lo que es lo mismo, sobre cada uno de esos creadores hay escrita toda una vida. El artista es la persona que posee el don de interpretar la realidad y transformarla, para intentar así ayudarnos a comprenderla y también a soportarla. Nadie destinado a llevar a cabo semejante tarea posee una personalidad corriente, y aún menos una existencia común. Lou Reed fue uno de los grandes artistas del siglo xx, un pionero que logró unir la poesía con el rock and roll. Trabajó y se relacionó con otros grandes creadores de su época, como John Cale, Warhol, Bowie, Paul Auster, Laurie Anderson, Wim Wenders, Ornette Coleman o Julian Schnabel; estuvo al frente de Velvet Underground, una de las bandas de rock más decisivas de la historia, y en solitario grabó discos que abrieron nuevas puertas a esa necesaria unión entre literatura y música pop: *Transformer*, *Berlin*, *Street Hassle*, *The Blue Mask*, *New York*, *The Raven*, *Lulu*...

La vida y la carrera de Lou Reed merecían un relato que, en cierta manera, hiciera justicia a ambas. Al escritor que iba de la mano del músico, al autor que nos enseñó a

ver el mundo a través de prismas que no eran en absoluto convencionales, mostrándonos los infinitos colores que posee la verdad. Reed nunca juzgó a sus personajes, simplemente nos aproximó a ellos, nos enseñó a comprenderlos a través del lenguaje —bello, real, atroz— de su literatura. Seres con los que él mismo convivió y de los que aprendió, tal y como se nos cuenta en este libro, leyendo a Ginsberg, a Burroughs, a Gore Vidal, a John Rechy, a Hubert Selby. Se han escrito otras biografías de Lou Reed antes, pero resultaba necesario un texto que nos lo presentara con la misma limpieza con la que él describía a sus creaciones humanas. Un libro que intentara acercarnos a ese personaje del que tanto se ha escrito y del que, sin embargo, no se ha dicho lo suficiente.

*Lou Reed: una vida* acaba definitivamente con esa carencia. Tanto los estudiosos como los neófitos deben estar agradecidos a DeCurtis. Los primeros, porque al fin podemos sumergirnos en una biografía que aborda de forma rigurosa y documentada la trayectoria vital y creativa de Reed, aportando datos y voces que son de gran ayuda a la hora de descubrirlo y entenderlo. Los segundos porque, si eligen sumergirse en un libro de estas características, se ahorrarán la carga de tópicos y malentendidos que suelen rodear al protagonista en cuestión. Y en ambos casos está el placer de comprobar que esta es una historia narrada a través de los ojos de un periodista que posee la sensibilidad de un literato.

Dice DeCurtis en su introducción que este libro nunca podría haber sido escrito mientras Reed vivió. Su muerte el 27 de octubre de 2013 marcó el inicio del fin de una época, seguramente el de la segunda mitad del siglo xx. No mucho después, perdimos a Bowie, a Leonard Cohen y a Prince. Pero Lou Reed fue el primero de los grandes iconos culturales de la era pop que desapareció en este nuevo siglo. Para todos los que crecimos y aprendimos escuchando, leyendo, viendo, experimentando cierto tipo de literatura,

música, pintura o cine, su muerte resultó algo tremendamente impactante. Un acontecimiento doloroso —quizá también porque tuvo lugar siendo ya sus admiradores personas de mediana edad— que resultó ser el primer aviso, la primera grieta en el muro invisible que, a través de nuestros artistas predilectos, construimos para descifrar la vida y también para aliviarnos cuando esta se hace demasiado cruel. En ese sentido, la lectura de *Lou Reed: una vida* es también una suerte de terapia. Nos ayuda a reencontrarnos de una manera digna, sobria y fascinante con esa figura que se fue para siempre y que, sin embargo, nunca dejará de vivir entre nosotros. Con la irrupción de la muerte de quienes nos rodean se hace imprescindible saber más. Este libro nos ofrece la oportunidad de saciar ese impulso.

Cuando el autor de este libro afirma que él veía a Lou Reed de la forma en la que él se veía a sí mismo nos está dando una gran noticia. Ser biógrafo y a la vez ecuánime no resulta fácil. Saber observar y analizar al protagonista del relato implica sortear muchas trampas. En el caso de Lou Reed, era importante no dejarse engañar por el mito que, durante la década de los setenta, él mismo ayudó a edificar alrededor de la decadencia, la bisexualidad y la vida en las calles. El personaje arisco e imprevisible que nosotros, los periodistas, admiramos y temimos a partes iguales. Las alusiones a las drogas y al sexo son solo parte de un mosaico que abarca mucho más. Pero fue eso lo que nos recordaron los titulares y las entrevistas durante años y años. El rey de la depravación, el ángel negro de Nueva York. Es obvio que cuando Reed protagonizaba algún desaire a un entrevistador no estaba exento de motivos para ello. Además, es evidente —y eso también lo explica DeCurtis— que como buen artista prodigioso, al personaje le costaba regresar a la persona. En «Fallen Knights and Fallen Ladies»,<sup>1</sup> un ensayo fechado en 1971, que versaba sobre los difuntos del rock, Reed nos ofrecía una pista para intentar desentrañar ese enigma: «El cantante posee un alma, pero tiene la sen-

sación de que, cuando baja del escenario, nadie le ama. O peor aún, tiene la sensación de que no resplandece más que en el escenario, y que fuera de él se marchita, un caparazón tan común como una gardenia. Pero ¿no somos todos tan iguales como copos de nieve?»

*Lou Reed: una vida* es el libro que el personaje y la persona merecían. Un trabajo exhaustivo y justo cuya lectura no quisiera demorar más con estas líneas. El viaje que plasma DeCurtis tiene la fluidez de una novela y todos los ingredientes de un gran reportaje. Nunca sabremos la opinión de Reed acerca de esta obra, incluso si aún lo tuviéramos entre nosotros. Sabemos, en cambio, que respetaba a su autor porque era un profesor de Literatura que también escribía sobre rock and roll. Él, que tuvo en Delmore Schwartz, escritor que detestaba esta música, a su primer gran mentor, sabía mejor que nadie el valor de esa conjunción. Parafraseando de nuevo esa pequeña y maravillosa miniatura country de Velvet Underground, esta es la historia de su vida. Esta es la diferencia entre lo que está mal y lo que está bien.

Rafa Cervera  
El Saler, Valencia, febrero de 2019

## INTRODUCCIÓN. CUALQUIER COSA POR TI

«La gente siempre me dice: “¿Por qué no te llevas bien con los críticos?” —me dijo Lou Reed una noche en 2012—. Yo siempre les contesto: “Me llevo más que bien con Anthony DeCurtis”. A ver si con eso se callan.» Estábamos sentados en el comedor de la Kelly Writers House de la Universidad de Pensilvania, donde yo doy clases de Escritura creativa. Llevé a Lou para hacer una entrevista conmigo frente a unas cincuenta personas o algo así, y para cenar con montones de estudiantes, miembros de la universidad, músicos y destacados periodistas del medio local. Como generalmente sucede con Lou, todo contacto es efímero de principio a fin.

Lograr que Lou accediera a venir a Pensilvania, que queda en Filadelfia, fue complicado. Los arreglos para su visita se habían hecho durante meses por adelantado con su representante, quien me aseguró que Lou aprobaba las condiciones. La Kelly Writers House es, como su nombre indica, una casa con trece habitaciones en el corazón del campus de la universidad, y la entrevista estaba planificada en la sala principal. Lou recibiría una modesta suma, y en el cronograma figuraban una breve recepción, un reportaje de una hora y una cena servida en la Writers House cuando todo concluyera. Patti Smith, Suzanne Vega y Rufus Wainwright ya habían pasado por la experiencia años atrás, con muy buenos resultados. Pero Lou era diferente. Sabía lo mucho que significaba para una persona que típicamente

no disfruta de este tipo de actos; así que quise asegurarme por adelantado de que conociera todos los detalles de la velada. Su representante me aseguró que así era.

Pero dos días después, el mánager llamó y puso a Lou al teléfono. Lou quería hacer solo la entrevista: ni la recepción ni la cena. La intimidad del evento era lo más importante; así que eso era inaceptable. Lou se mantuvo firme. Cuando llamé al día siguiente, contestó con un «¿hola?» que parecía salir de una cripta. Le expliqué la situación y él concienzudamente respondió: «Bueno, no tenemos por qué lidiar con todo lo demás». El genial artista que conocí muchos años era ahora «Lou Reed». Cuando la conversación acabó, no supe descifrar si vendría o no.

Efectivamente, apareció. Al llegar me abrazó de manera afectuosa, como si nada hubiera pasado el día anterior, y fuimos a una de las oficinas de la facultad para que él hiciera de ese espacio su camerino. Como entrada, Lou pidió *kielbasa*,<sup>1</sup> algo que nos causó verdadera perplejidad a los empleados de la Writers House y a mí. ¿Qué pediría el temerario Lou? ¿Hombres? ¿Mujeres? ¿Drogas? No, *kielbasa*. Mucho después, entendí la necesidad de la *kielbasa*: le ayudaba con su diabetes. Una bandeja de carnes y quesos del famoso restaurante gourmet de Filadelfia Di Bruno Bros. nos fue entregada y Reed comenzó a hablar conmigo como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Mientras hablábamos, podía oír a los invitados reuniéndose abajo para el recibimiento. Reed, mientras tanto, agarró un pedazo de *prosciutto* y, después de probarlo, lo alzó al estatus de la excelencia. Era, sin lugar a dudas, el mejor *prosciutto* que él había probado. ¿Podía, por favor, decirle dónde conseguir más? Le presenté a la mujer que había pedido la comida y él la acribilló con agradecimientos y preguntas. Mientras, la recepción se había llenado del todo. La gente oteaba la sala para saber si saldríamos pronto. Decidí que el recibimiento tenía que ser sacrificado. Lou estaba de buen humor, y si la entrevista iba bien, podría con-

siderar quedarse hasta la cena. Continuamos disfrutando la comida, y finalmente me paré y dije: «Deberíamos presentarnos y hablar con los invitados». Me miró como si se hubiera olvidado de todo, se paró y me siguió abajo, hasta la entrada.

Al llegar, podía sentir la tensa energía de la audiencia. Lou, por supuesto, se veía imperturbable. Ese tipo de tensiones era el río emocional en el que él nadaba, el aire que respiraba. El cuarto era pequeño y estaba repleto. Muchas personas habían atravesado largas distancias para estar allí. Todo el mundo sabía que Lou estaba en el departamento, pero el hecho de que no se presentara en la recepción le dio a la reunión un clima de expectativa. Así era Lou Reed, después de todo. Quizá eligiera marcharse. Cuando nos sentamos en las dos sillas al final de la habitación y ajustamos los micrófonos, agradecí a Lou Reed haber venido. «Cualquier cosa por ti», me dijo. Nuestra conversación prosiguió durante una hora. Hablamos acerca de lo que significa escribir, sobre Andy Warhol, Delmore Schwartz, la Velvet Underground y Laurie Anderson. Escuchamos las preguntas del público y terminamos.

Para entonces, Lou estaba de muy buen humor. Permanecía en su silla mientras la gente se acercaba a saludarlo y a pedir autógrafos para sus diversas colecciones de discos. Él fue atento con todos, y miraba las rarezas que le presentaban, mencionando que muchas de aquellas grabaciones ni siquiera él las tenía. Quince minutos después, se unió a la cena. Todo el mundo se había llevado alguna historia de Lou, y yo me llevé sus halagos.

Sabía que Lou escribía sobre sí mismo en *Rolling Stone* y en otras revistas, y a lo largo de quince años nos cruzamos regularmente por Nueva York: en clubes, conciertos, restaurantes y fiestas. Siempre sentí que una de las razones por las que Lou y yo nos llevábamos bien era porque nos ha-